



Jonathan Carvajal, *Caída libre*, rapidógrafo de color y lápiz de color.

La sombra

Raúl Palma

Cuando regresaba a su casa, del paseo que realizaba en la noche, antes de irse a dormir, experimentó una extraña sensación, como si algo le faltara. Se quedó pensando por largo rato, devanándose los sesos, enumerando los pasos de su rutina que, por lo regular, nunca cambiaba, y no daba con ello. En el momento en que se disponía a olvidarlo para conciliar el sueño, su rostro se iluminó y una idea le llegó como una revelación: su sombra, definitivamente era eso, le faltaba su sombra. Ahora comprendía por qué le había sido tan difícil descubrirlo, porque, pensándolo bien, ¿cuántas veces uno se fija en su sombra? Para él, fue la primera vez y se sonrió al considerarlo algo sin

importancia. Tuvo el impulso de levantarse para confirmar si definitivamente se había marchado o si todavía continuaba con él, pero no quería darle trascendencia a un hecho que no lo merecía.

A la mañana siguiente se despertó a la hora habitual y encontró a su sombra parada junto a la ventana, mirando hacia el exterior. Dudó un momento. No sabía en qué forma hablarle o si debía esperar a que ella tomara la iniciativa. Después de un momento, al fin le preguntó con un tono tranquilo:

—¿Qué haces ahí parada?

—Estoy mirando la mañana —le contestó la sombra con su voz oscura.

Con los rayos del sol se veía un poco deslucida. Definitivamente, las sombras adquieren su nitidez a la luz de la luna.

—Me gusta contemplar los colores —continúo—; el luto cansa.

—Pero si el negro y el gris son parte de tu naturaleza, ¿o quieres ir en contra de ella? —le reprocho él.

—Hay ocasiones en que uno no está conforme con su naturaleza —le contestó la sombra.

—Eso no tiene sentido, hay que aceptar las cosas como son. Si no, uno estaría continuamente sometido a las frustraciones.

Yo no resistiría eso —dijo él.

—A veces hay que arriesgarse, en vez de estar resignado —le contestó ella.

—No lo sé —dijo él, desconcertado.

Él comenzó los preparativos para un día de trabajo. Estaban en la mitad de la semana y no le gustaba malgastar el tiempo.

—¿Adónde iremos? —le preguntó la sombra.





Jonathan Carvajal, *Emerger*, lápiz de color y rapidógrafo de color

—¿Cómo que adónde iremos? —contestó él con ironía—. Pues a trabajar, hoy es miércoles.

—¿Y qué con eso? Podríamos ir al parque, la mañana está muy bonita. A la sombra le gustaba cuando cruzaban por el parque. Es cierto que, en ocasiones, con mucha prisa, pero siempre había soñado que él se detuviera y se sentara en una de sus bancas debajo de un frondoso árbol, así podría ella integrarse a la sombra del árbol, con los movimientos que proyectaban sus follajes desmelenados.

—¿Bonita? —dijo él con malestar—. Para mí las mañanas son todas iguales, salvo que esté lloviendo.

—¿Cómo puedes decir eso? Hay mañanas grises, mañanas brillantes de sol, resplandecientes. Las hay tranquilas, mientras otras son inquietas y juegan con los niños.

—No tengo tiempo para juegos, ni contemplaciones. No puedo perder el tiempo en esas nimiedades.

—¿Nimiedades es disfrutar de las cosas bellas y simples de la vida?

De nuevo él se sintió desconcertado. Pero luego, sin mucho convencimiento y más como una forma de defenderse, respondió:

—Lo importante en la vida son las cosas prácticas, lo útil, lo que nos sirve para vivir.

—¿O sea que la belleza no sirve para vivir? Yo creo que sí, y mucho más que lo que tú llamas las cosas prácticas.

Él estaba molesto por la forma en que la sombra le rebatía sus argumentos. Así que guardó silencio frunciendo el ceño, mientras terminaba sus preparativos para salir. Cuando ya estaba listo, cogió su maletín y le dijo a la sombra:

—Bueno, vamos.

Nunca pensó que haría eso. Invitar a su sombra para que lo acompañara. Ella siempre había estado a su lado sin que él se lo pidiera. Así que fue como una pequeña derrota, como la pérdida del control de parte de su vida. La sombra salió con él, a regañadientes.

El día estuvo muy agitado: reuniones en la mañana, innumerables llamadas, sólo quince minutos para almorzar y visitas a clientes en la tarde. En la noche llegó a la casa, extenuado. Se preparó algo de comer y salió a su paseo como siempre lo hacía. A él le gustaban la noche y las tardes oscuras y grises. Estas caminatas eran los pequeños descansos que se permitía en su agitada vida. Mientras caminaba, miró con disimulo para indagar si la sombra continuaba con él, y pudo comprobar que ahí seguía, en silencio y atada a sus movimientos. Pensó que debía decirle algo, pero no sabía qué. Así que guardó silencio. Cambiando su rutina, sin ningún motivo aparente, se dirigió al parque. A esa hora sólo había algunos enamorados. Se sentó en una banca delante del tronco de un gran árbol. La sombra caía suavemente sobre el piso. Allí se sumió en sus pensamientos. Recordó lo que la sombra le había dicho ese día, de las mañanas resplandecientes y coloridas. Pero no, a él definitivamente le gustaba la oscuridad. Así se fue sumergiendo en ese pozo de sombras que es la noche, y la sombra se fue tornando más nítida, más vivaz.

Poco a poco, él se fue volviendo grisáceo, hasta quedar totalmente oscuro, y se convirtió en una sombra más de la noche, mientras la sombra fue tomando los colores vivos de la piel de él. Ahora, él es la sombra de ella, pero, tristemente, ella no camina en la noche, sino que pasa las horas de la mañana en el parque viendo jugar a los niños, y él se esconde

detrás de la sombra del tronco del frondoso árbol.

Raúl Palma (Medellín, 1965). Bibliotecólogo de la Universidad de Antioquia y especialista en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.